

sion. Retiróse el Pontífice muy disgustado á su palacio, y acometióle una calentura aguda que, junta con el mal de piedra que le atormentaba mucho tiempo habia, acabó con él á primero de octubre del año 1404, décimoquinto de su pontificado.

Los embajadores de Benedicto rogaron á los cardenales romanos que suspendiesen la eleccion, asegurando que por este medio se conseguiria pronto la union; mas presto se les atajó y se les dejó cortados, cuando se les intimó que declarasen si tenían poderes para reanunciar el Pontificado en nombre de su amo, pues se vieron precisados á confesar, no solo que su comision no se extendia á tanto, sino que les parecia imposible reducir al Pontífice Benedicto al término de la cesion, porque la miraba como contraria á los cánones y á la equidad (1). Oido esto, entraron en cónclave los cardenales, en número de nueve, el dia 12 de octubre. Fueron arrestados los embajadores casi al mismo tiempo, no obstante su salvoconducto, por el gobernador del castillo de Sant Angelo, pariente del difunto Papa; y aunque los puso en libertad de allí á pocos dias por mediacion de los cardenales, costóles cinco mil florines de oro, pagados al gobernador. Cuando llegó á noticia del rey Carlos VI lo que habia pasado en Roma, escribió á los cardenales romanos, para lograr de ellos que suspendiesen la eleccion del Papa hasta que llegasen los embajadores que iba á enviarles, y que reparasen, poniendo en libertad á los del antipapa Benedicto el agravio que en sus personas se habia hecho al derecho de gentes. Fué su diligencia del todo inútil en uno y otro objeto, porque el uno estaba ya cumplido, y el otro ya no podia egecutarse. Habian elegido ya los cardenales, con el nombre de Inocencio VII, al cardenal Cosme Meliorati, el dia

(1) Duboul. t. 5, p. 117.

sesto del cónclave, esto es, el 17 de octubre de 1404, despues de haber tomado la precaucion de obligarse cada uno de ellos con juramento á sacrificar en caso necesario su propia grandeza á la paz de la Iglesia, empero con tal que Pedro de Luna quisiera renunciar tambien libremente á su pontificado. Inocencio, que habia nacido en el Abruzzo, de padres medianamente acomodados, es generalmente elogiado por su talento é instruccion, por su esperiencia en los negocios, por su aplicacion, por su modestia, por su dulzura inalterable, por la pureza de sus costumbres, en una palabra, por todas aquellas cualidades que de él hicieron un Papa perfecto y sin tacha.

En la carta circular con que, segun costumbre, dió parte de su eleccion á los prelados de su obediencia, y en otras muchas cartas dirigidas á varios príncipes, dice únicamente que habia convocado un concilio á fin de deliberar sobre los medios propios para extinguir el cisma; pero no hablaba de la cesion; lo cual fué motivado de que habiéndose limitado los enviados de Pedro de Luna á proponer conferencias, sin soltar jamas más prenda alguna en favor de la cesion, vió desde entonces Inocencio desobligado de su palabra, puesto que su juramento de renunciar al pontificado, si necesario fuese, habia sido condicional. Temiendo Ladislao, rey de Nápoles, que se eligiese un Papa favorable á su competidor Luis de Anjou, se obligó Inocencio por una bula (1) á no tomar ninguna resolucion por sí, ni con acuerdo de los cardenales, en órden á la union de la Iglesia, sin que hubiesen convenido los dos partidos en dejar á aquel príncipe suscitado en plena y pacífica posesion del reino. No tardó en arrepentirse de la predileccion con que habia mirado á tan pérfido protegido, pues con pretesto de defender á Inocencio

(1) Decret. Innoe. VII. ap. Rain. ann. 1404.

contra los insultos de los romanos, pasó Ladislao á Roma con tropas, y promovió las facciones, en vez de sosegarlas, para reducir á aquel anciano Pontífice al último apuro y de este modo apoderarse de la administracion pública. Mientras tanto, en una sola promocion que hizo el Papa, duplicó el número de sus cardenales, y entre los once de nuevo creados hubo cinco de sola la ciudad de Roma, cuyo afecto queria conciliarse, aunque no pudo lograrlo. Fué aumentando de dia en dia la confusion, y por fin le pareció tan peligroso permanecer allí, que huyó á Viterbo (1405), de donde no regresó hasta despues de siete meses, cuando Pablo de Ursinis, al frente de los güelfos, hubo arrojado á los napolitanos.

Durante este tiempo, los embajadores de Aviñon tuvieron tiempo de estender á su gusto las relaciones de su embajada que les parecieron mas útiles á su partido. Tampoco se desoidaron los romanos, publicando por todas partes y esforzándose sobre todo en querer convencer á la córte de Francia de que la embajada de Benedicto no habia sido mas que un artificio para deslumbrar al orbe cristiano, y de que sus embajadores no habian hablado jamás de cesion, sino únicamente de una conferencia que se habia despreciado como un juguete y una mera burla. Perjudicaron infinito á los intereses del antipapa esta especie de manifiestos llenos de pormenores y revestidos de circunstancias que los hacian poco dudosos. Pero Benedicto, inagotable en recursos y en artificios, publicó que deseaba ir él mismo á Roma á dar la última mano á la estincion del cisma. Llegó hasta Génova que estaba entonces bajo la proteccion de la Francia, y pidió al Papa Inocencio un salvoconducto, que le negó (1405). Esto era sin duda lo que pretendia el artificioso Benedicto, y así empezó desde luego á quejarse de palabra y por escrito de que no consistia en él, sino

únicamente en su competidor, el no restituir la paz á la Iglesia. Para acreditar esta imputacion en la córte de Francia, que era la que mas le importaba tener de su parte, envió á ella al cardenal de Chalant en calidad de legado. Pero habiéndose declarado entre tanto la peste en Génova, donde por otra parte no se habia juzgado á propósito dejar entrar las tropas que él habia llevado, volvió á tomar con ellas el camino de Provenza.

Atento siempre á todo lo que podia dar nuevo realce á su obediencia, en medio de las ocupaciones y de los cuidados de que se vió cercado mientras permaneció en Génova, habia enviado á llamar á San Vicente Ferrer, quien se presentó en la córte pontificia, del mismo modo que en sus mas edificantes misiones, como un penitente, como un Apóstol y como un Taumaturgo (1). Habia ya evangelizado en casi todos los paises de Europa, y con especialidad en España y Francia, logrando en todas partes conversiones admirables por su número y aún mas por las dificultades que presentaban. Gentes del pueblo, señores principales, sacerdotes y prelados, hereges, sarracenos, judíos obstinados, cristianos descreídos y apóstatas, todo cedia á la fuerza de su elocuencia, ó por mejor decir, á los dardos inflamados de la gracia que salian de su boca. Donde quiera que se presentaba, veíase una mudanza repentina y una reforma total en las costumbres. El amor de la penitencia, de la pobreza evangélica, de la renuncia efectiva de las grandezas del siglo, se apoderaba de toda clase de personas. Los eclesiásticos abandonaban los beneficios multiplicados; los grandes hacian copiosas limosnas, y muchos abrazaban la vida religiosa. Se ofrecian al Santo ricos presentes; pero al momento pasaban desde sus manos á las de los pobres. En la diócesis de Ginebra en-

(1) Act. SS. t. 1. Apr. p. 430. — Tome IV.



contró algunos restos de idolatría que habían resistido el celo de los pastores, y los abolió del mismo modo que los demás desórdenes. En Génova recibió un don de lenguas tan maravilloso, que predicando en español, le entendían las gentes de todas las naciones que concurrían á aquella ciudad con motivo de su gran comercio y de hallarse allí el antipapa. Se refieren otras muchas maravillas de este Santo, las cuales nos dan una idea de los recursos de la Providencia para sostener la Iglesia aun en medio de los cismas y de los escándalos.

Habiendo llegado Benedicto á Niza, fué también á visitarle una persona venerable por sus virtudes y por las funciones que á impulsos de su celo ejerció con buen éxito á pesar de la debilidad de su sexo y de su oscuro nacimiento. La beata Coleta, hija de un carpintero de Corbia en la diócesis de Amiens, después de haber permanecido por espacio de tres años en el estado de reclusa, se propuso restituir al orden de San Francisco su primitivo esplendor, y fué á buscar á Benedicto con el objeto de conseguir el permiso y de facilitar los medios para realizar su plan. Le pidió que la dejase pasar desde la orden tercera, que había ya abrazado, á la de Santa Clara; y que la permitiese practicar literalmente su regla, y trabajar en la reforma, así de los frailes menores, como de las religiosas clarisas. Tan extraordinarias proposiciones, hechas por una muger, fueron examinadas con toda la circunspección conveniente. El Pontífice por último las creyó inspiradas por el cielo, exhortó á aquella virgen animosa á ejecutarlas prontamente, la admitió desde luego á la profesión, y la nombró abadesa general de todas las hermanas suyas que quisiesen abrazar la reforma. El éxito justificó plenamente esta conducta después de algunos años de prueba (1).

(1) Boll. t. 1 Mart. p. 332.

Mientras Benedicto, á la entrada de Italia, se ocupaba en estas cosas, la legación del cardenal de Chalant se miraba en Francia como un nuevo artificio para prolongar el cisma, con pretexto de distinguirle. No le hicieron ningún honor de los debidos á su carácter, y aun le negaron por bastante tiempo la audiencia. Cuando llegó el caso de concedérsela, persuadiéronse todos de lo que ya habían presumido, pues no hizo más que ensalzar el celo aparente de su amo á favor de la unión, y en particular sus diligencias para pasar á Roma, y concluyó con asegurar que el fin del cisma dependía de la constancia con que permaneciesen adictos á este antipapa (1). El doctor Juan Petit, que como veremos muy pronto adquirió una celeridad escandalosa con sus máximas detestables acerca del tiranicidio, respondió, de acuerdo con los príncipes, que habiendo violado Benedicto todas sus promesas, se debía deplorar muy mucho el error que se había cometido en restablecer con tanta precipitación, por intriga de algunos particulares, la obediencia abandonada anteriormente con tanta madurez y unanimidad. Después hizo una viva pintura de las vejaciones que sufría la iglesia de Francia á causa del antipapa y de la indignidad á que sus colectores habían reducido á los eclesiásticos del reino, y concluyó proponiendo la necesidad de libertarla de las exacciones de Benedicto, de condenar con severidad una carta en que la universidad de Tolosa, enteramente adicta á este Pontífice, trataba de delimitar la sustracción de la obediencia, y de observar esta sustracción con más puntualidad que en ningún tiempo.

Hubo grandes debates en la asamblea, y algunos individuos de ella, contra quienes había sospecha de que tenían parte en

(1) Hist. anon. Labour. p. 538.

las exacciones de Benedicto, defendieron su partido con un ardor que pretendían honestar con el colorido especioso de defender los derechos de la Silla Apostólica. No sabiendo los príncipes qué resolución deberían tomar en semejante contrariedad de opiniones ó de intereses, remitieron la decisión al parlamento como acostumbrado á discusiones espinosas, y poco interesado en unas disputas que solo podían ser útiles á los eclesiásticos y á sus dependientes. El abogado general Juan Juvenal de Ursinis, padre del arzobispo de Reims, que escribió la historia de Carlos VI, pidió, después de referir en compendio lo que se había alegado anteriormente por una y otra parte, la ejecución de la propuesta de Juan Petit en los tres puntos que abrazaba. Espidíose desde luego un decreto del parlamento contra la carta de la universidad de Tolosa, escrito claramente temerario é injurioso á la parte más numerosa y más ilustre de la nación (1). En cuanto á los gravámenes impuestos á la iglesia de Francia, los consideró aquel cuerpo sabio y religioso como relativos al régimen gerárquico y pertenecientes á lo que se llamaba entonces sustracción parcial de la obediencia. Y hasta que tuvo una orden formal del rey, no quiso tocar este punto en presencia de muchos prelados y doctores. Espidíó entonces otro decreto, que confirmó el rey, suprimiendo aquellos impuestos en extremo gravosos. Mas faltaba aun decidir acerca de la sustracción total y absoluta, y el rey puso este asunto en manos de la asamblea del clero. Celebróse ésta en el mes de noviembre del año 1406, y asistieron á ella sesenta y cuatro prelados entre obispos y arzobispos, muchos más abades y un gran número de doctores en clase de diputados de las varias

(1) Duboul. t. 3, p. 119 et seq.

universidades del reino (1). Aunque la mayor parte de ellos sabían muy bien lo que debían pensar acerca de la conducta de Benedicto, dieron comisión á doce doctores para que hablasen alternativamente en pró y en contra. No podría menos de causar fastidio la suma proligidad de las pesadas y extravagantes arengas pronunciadas con este motivo, de las cuales podrá juzgarse por los rasgos con que el doctor franciscano Pedro de Beufs creyó hermosear su discurso. Según él, estaba figurado el cisma en el círculo ó cerco llamado *Halon*, que se vé algunas veces al rededor de la luna y anuncia tempestades. La luna rodeada de este cerco, pero sin ser tocada de él, representaba el medio ó arbitrio de la cesión, á la cual no tocaban los dos Papas rivales, contentándose con andar al rededor en una línea circular que los dejaba siempre á igual distancia de ella, mientras que la Iglesia quedaba espuesta á las más furiosas tempestades. ¿No podremos observar aquí oportunamente, que las comparaciones é imágenes tomadas de las ciencias abstractas no son una invención de los que en nuestros días se llaman ingenios brillantes? Por lo menos haremos notar que en todos tiempos puede haber imaginaciones exaltadas y ridículas sin que dejen de encontrarse juicios rectos y de sólida doctrina, y más aún sin que se oscurezca la ciencia de la Religión.

Aun más que el depravado gusto del doctor Pedro de Beufs debió admirar el papel que escribió el defensor de Benedicto, esto es, el famoso obispo de Cambray Pedro de Ailli, tan fogoso en otro tiempo en perseguir á este obstinado Pontífice. Aquí, por el contrario, se esforzó en probar que todos los pasos de Benedicto se en-

(1) Du Châtelier. Hist. Conc. Const. Prueb. p. 49 et seq.



caminaban á la paz de la Iglesia; que era una temeridad sospechar que estaba envuelto en el cisma ó en la heregía, y que en las circunstancias en que se hallaban, el único efecto que produciría la sustracción sería el de aumentar la discordia y la confusión entre los fieles. Estos principios, diametralmente opuestos á los de la universidad, causaron en ella una conmoción extraordinaria, y á no haber sido por la protección que dispensaban á Pedro de Ailli las cortes de Francia y de Aviñon, no hubiera podido libertarse de las persecuciones que se intentaron contra él (1).

Sin embargo, se tuvo por conveniente oír también el dictámen del abogado general Juan Juvenal de Ursinis, el cual hizo un largo discurso por el mismo estilo que las arengas anteriores, y pidió que se decretase segunda vez la sustracción. Luego que concluyó dió orden el canciller de Francia, en nombre del rey, para que se juntasen todos los prelados el día siguiente á fin de terminar las deliberaciones. Después de algunos nuevos debates que se suscitaron en esta segunda asamblea, vencieron por último los partidarios de la sustracción, y se decretó que se pusiese por obra en los mismos términos que la primera vez. Mas recibieron á la sazón noticias de Italia que suspendieron la ejecución de este proyecto.

Habia muerto á 6 de noviembre de 1406 el Papa Inocencio VII, y sabiendo sus cardenales que la corte de Francia se había empeñado en proporcionar la renuncia de Benedicto, en caso de que se suspendiese en Roma la elección de nuevo Papa, habían resuelto no precipitarse. Quiso pues el rey escribirles ante todas cosas para persuadirles que perseverasen en esa disposición. Mas aquella idea de los cardenales romanos no había sido mas que una veleidad que se

(1) Duboul. t. 5, p. 133; Du Chat. p. 193.

desvaneció por un efecto de la inquietud habitual de su nación, y del temor de las sublevaciones si la ciudad de Roma estaba mucho tiempo sin soberano. Entraron en cónclave estos prelados, en número de 14, el día 18 de noviembre; y el 30, día de San Andrés, según el testimonio espreso de Thiery de Niem que se hallaba presente, eligieron con el nombre de Gregorio XII al cardenal Angel Coriario, noble veneciano, de unos setenta años, y mas venerable por sus virtudes que por su edad. Este fué el que durante el cónclave inclinó principalmente á sus compañeros á poner un freno mas fuerte á la ambición del que saliese electo; y debe creerse que este pensamiento no fué de su parte un celo afectado para llegar con mas seguridad á la dignidad pontificia. Esta nueva obligación contenía en efecto unos medios que se hubieran podido mirar como infalibles, si el amor de la dominación no tuviese ciertos recursos que no puede eludir toda la prudencia humana. El acta que se formó entonces, y que juraron observar todos los cardenales del cónclave, obligaba al que fuese elegido Papa á renunciar pura y sencillamente el pontificado en caso de que su competidor hiciese lo mismo, ó muriese, ó los cardenales de Aviñon quisiesen unirse con los de Roma para la elección de un mismo Pontífice. Estos compromisos debían notificarse por el nuevo Papa, en el término de un mes, á su competidor y á sus cardenales, y en el de tres meses á todos los príncipes, prelados, universidades y corporaciones de la cristiandad. Debían determinar el lugar propio para llevar á efecto la unión, y durante esta negociación, el Papa últimamente elegido no debía crear cardenales sino para igualar el número de los de la otra obediencia, á no ser que por culpa de su jefe no se concluyese la unión en el término de un año, contado desde que se hubiesen cumplido los tres meses señalados arri-

ba. De suerte que así el Pontificado no era mas que una especie de depósito en manos de Gregorio XII, hasta que le devolviese á los que se le habían confiado para dar por este medio en la primera ocasión favorable una paz sólida á la Iglesia (1).

Por algun tiempo dió á entender Gregorio con sus obras, no menos que con sus cartas y discursos, que miraba su nueva dignidad con todo este desprendimiento. Después de su elección y antes de cerrarse el cónclave, ratificó todo lo que se había acordado en él; ejecutó exactamente todo lo prometido, y suplicó á los cardenales que contribuyesen por su parte á que tuviese el mas pleno y cumplido efecto. Hablaba continuamente de este objeto en sus conversaciones particulares, y cuando se trataba de hacer un bien tan grande á la Religión, no había dificultades que le arredrasen, aunque para ello fuese preciso, á falta de galeras (asi se esplicaba) pasar el mar en el primer barco que se encontrase, ó atravesar á pié las provincias y los reinos, si faltaban carruajes y caballos (2). Con la noticia de estos discursos apoyados en algunas obras, los fieles que no habían alcanzado el grado de experiencia que adquirieron después, no dudaron de la proximidad de la paz, y se entregaron á los mayores trasportes de alegría. Aplaudían la elección de Gregorio, y mirábanle como el feliz mediador destinado por Dios para restablecer la santa unidad; pero le conocían mal, y hasta entonces no se conocía Gregorio á sí mismo. Pudieron desengañarlos las primeras pruebas, y ciertamente estas abrieron los ojos á todos los que no estaban ofuscados con el velo del interés.

Después de muchas propuestas aparentes, y de otras tantas tergiversaciones por

parte de los dos Papas, cuya conducta empezó á considerarse desde entonces como muy sospechosa, se resolvió que tuviesen una conferencia en la ciudad de Savona el día de Todos Santos del año 1407, en la cual debían renunciar uno y otro. Esta era la prueba decisiva que se preparó con infinito cuidado y diligencia, para conocer si procedían de buena fé, ó si solamente merecían el desprecio y el tratamiento reservado á los impostores que se burlan de la Religión ó se valen de ella como de un pretesto para lograr sus fines particulares. Hubo muchos mensajes y embajadas en Roma y en Provenza donde se hallaba Benedicto, ya en un paraje, ya en otro, sin que los asuntos que se trataban tomasen un curso mas rápido. En tres tentativas distintas que hicieron los embajadores de Francia, no pudieron lograr de Benedicto que confirmase por medio de una bula lo que había ofrecido, es decir, abrazar la cesión. Alegó Gregorio por su parte un sinnúmero de dificultades acerca del sitio de la conferencia, para la que se había señalado á Savona en el Estado de Génova. Aparentaba unas veces que no gozaria allí la seguridad conveniente, y otras que para ir allá no tenia bastantes galeras, ó que no estaban equipadas como correspondía, no obstante de que poco antes había prometido con tanta ostentación fiar su suerte, en caso necesario, al primer barco que se presentase. A proporción que se mostraba mas opuesto á este viaje, su astuto competidor daba á entender que deseaba mas que nunca ponerse en camino, pero solo pretendía aumentar el recelo y la inquietud del tímido anciano, declarando que no era su ánimo desarmar sus galeras, á pesar de haberse estipulado formalmente esta condición. Marchó pues como en triunfo á Savona muchos días antes de San Miguel, término señalado en primer lugar para la conferencia, y allí gozó algun

(1) Rain. ann. 1046, num. 11.

(2) Niem. l. 3, c. 6.